

porque aunque es verdad que ya antes habían estado allí, fué de paso y no tan de propósito como en esta ocasión, en la cual comenzaron á predicar el Santo Evangelio á los naturales por toda aquella provincia y la de Tenamaxtlán, y el primero fué el P. Fr. Pedro de la Concepción, el cual comenzó á hacer la iglesia, y habiendo ido á Tzapotlán por presidente ó guardián, quedó en su lugar el P. Fr. Angel de Valencia, que fué prosiguiendo con la obra de la iglesia y hacer los arcos de ladrillo, y en su tiempo hubo tan grande enfermedad de flujo de sangre por las narices, que morían cada día veintitres, veinticuatro y más indios, y en toda la Nueva España hubo grandes prodigios, porque este año se vió en toda ella un terrible cometa de extraordinaria grandeza y color; y en Huexotzingo, por el mes de diciembre, se vió otro que tenía tres lenguas de fuego grandísimas, y en Escaputzalco manó una fuente por algunas horas; y el volcán de Tlaxcala echó mucho fuego; y los ríos que de él bajaban corrían muy negros y llenos de carbón; y en México se vió un arco de muchos colores mucho mayor que los ordinarios; y en este reino de la Galicia, en la villa de la Purificación, por el mes de mayo, se vió un cometa de hechura de una espada de fuego, con su pomo y cruz, que, haciendo su curso de Oriente á Poniente, llevaba la punta baja hacia el suelo, y antes de desaparecerse, volvía la punta hacia el Norte con grandísima presteza, echando de sí tanta luz y claridad, que no parecía una estrella; y aquí resultó una gran peste y tan general, que de seis partes de indios murieron las cinco, y fué tan cruel, que de una familia entera no quedaba una persona sola que pudiese cuidar de los enfermos, sino fueron los religiosos de las ordenes de N. P. San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, que en esta ocasión, como en otras muchas, les acudieron como verdaderos padres, porque unas veces acudían á darles de comer, otras á curarles aquella pestilente enfermedad, la cual era tan terrible, que aunque se puso todo cuidado en que acudiesen los médicos, ellos andaban tan preplejos y fuera de sí, que no sabían que hacerse, porque nunca pudieron acabar de entender qué enfermedad era ni de qué

Prodi-
gios y
gran pes-
te. En
todo el
reino du-
raron las
señales
prodigio-
sas dos
años.

procedía. Animábanlos los religiosos consolándolos y administrándoles los santos sacramentos, con tanta caridad, que los que quedaron con vida se la debieron á ellos, como también la salvación de sus almas (después de Dios) los que murieron.

CAPITULO CXLV.

En que se trata de lo que hizo el gobernador Cristóbal de Oñate en el interín que por sus capitanes se mudó la ciudad de Guadalajara del puesto en que estaba, y se fundó y pobló en el que hoy tiene.

Año de
1542.

Mientras se trataba de la nueva fundación de la ciudad de Guadalajara en el valle de Tonalán, cerca de Atemaxac, sacándola del mal puesto que tenía en Tlacotlán, fué el gobernador Cristóbal de Oñate á Compostela, á reparar aquella ciudad, y habiéndola reparado muy bien, luego dió orden de ir á visitar la provincia de Espulchmilco y villa de la Purificación, que estaba pobrísima y muy destrozada de las guerras, y habiendo puesto todas las cosas en orden y buen gobierno, vino á ver la ciudad nueva de Guadalajara en la provincia de Tonalán, y hallóla muy poblada de ranchos y algunas casas de terrado, con que parecía representar ya alguna paz, quietud y sosiego y haber salido de un puesto tan malo como era aquel donde antes estaba.

El gobernador Cristóbal de Oñate estaba muy alegre y contento de ver que los vecinos de la ciudad estimaban el puesto en que estaban, por tener entendido tenían alguna esperanza de quietud y sosiego, y verse allí libres de un puesto á donde tan afligidos estaban por no poder defenderse por su fragosidad y no tener llanos á donde pudiesen valerse de sus caballos para pelear, y que acá los había muy extendidos y buenos, á don-

de podían correr y alancear á los enemigos si allí viniesen. Es de ver que edificaron luego muy buenas casas, y venían los pueblos á servir á sus encomenderos y á traerles de comer, y sus tributos de ropa, con que vestían, y más cerca de México y en el camino y paso para Culiacán, y que podían tener trato en la villa de Colima y que comenzaban ya á hacerse muy buenos mercados de los indios en la ciudad, y que luego se comenzaron á crear ganados mayores y menores, con que comían y pasaban mucho mejor y con más paz que en el puesto antiguo, donde todo era alzamientos y estaban cercados de enemigos y peñas tajadas.

Estando ya poblados y quietos y toda la tierra pacífica, el gobernador Cristóbal de Oñate nombró á los dos capitanes Miguel de Ibarra y Juan del Camino para que hiciesen entradas en el río de Xuchipila y Mixtón y en los demás valles comarcanos, y que saliendo el uno, quedase el otro en guarda de la ciudad; y lo pusieron luego en ejecución, y á cuatro ó cinco entradas que hicieron entre la nación caxcana, los redujeron y sujetaron y volvieron á paz, de suerte que ya servían á sus encomenderos, y para tenerlos más á mano y sujetarlos mejor, mudaron todos los mas pueblos y los pasaron de la otra banda del río Grande, porque en el valle de Tonalán pusieron á Xuchipila; en Tzoquipa y en Amatitlanejo el Chico, el del Teul; y camino del Ayahualulco en Tepeltitlanejo, al pueblo de Tepepetitlán; en Ahuisculco, á Tlaltenango; á Cuzpala en el valle de Mazatepec; á Apozotl, en Atlistac, junto á Tlaxomulco; pero después que se descubrieron las minas de los tzacatecos, se volvieron todos á sus pueblos antiguos, si bien algunos se quedaron. Mandó el gobernador Oñate hacer matrícula y memoria de todos los vecinos que había en la ciudad recién fundada, y se hizo de la manera que en el capítulo antes de éste queda puesta, y éstos permanecieron, y luego les dijo á todos que se holgaba mucho de que estuviesen acomodados en parte segura, y que se amasen y ayudasen como verdaderos amigos, pasando adelante con su fundación, y que Dios los favoreciera y él nunca los desampararía, como hasta allí había hecho, y que

él quería partirse á visitar las villas y lugares del reino, por saber los vecinos que habían quedado en cada parte, y así se partió para la ciudad de Compostela, y habiendo llegado á ella, mandó que se hiciese otra memoria y matrícula de los vecinos que había, y la hicieron y se la dieron, y después mandó juntar á cabildo, y estando todos juntos, los alcaldes, regidores, capitanes y otras personas principales, les dijo: "Señores, yo he sustentado este reino y le he sacado de muchos trabajos desde que entré con Nuño de Guzmán con mi hacienda, repartiendo la renta de mis pueblos á todos, y muchos desampararon la tierra, hasta el mismo Guzmán, y yo la he amparado, permaneciendo en ella como verdadero servidor del Emperador mi señor, sin interesar cosa más que ser su criado, porque el servirle de balde y sin interés, me es mucha corona, y me basta por paga el que haya querido servirse de mí; yo pretendo dejar el gobierno y descansar, aunque no desamparando á mis amigos; pero no con tanto trabajo como he tenido en diez y seis años de guerras y con las armas siempre puestas. Bien saben vuestras mercedes que el gobernador principal deste reino, es el capitán Francisco Vázquez Coronado, que fué al descubrimiento de Tzíbola y Nuevo México, y que vendrá presto. Quisiera saber qué españoles hay para entregarle este reino, y para que se vea quienes son los vecinos de cada villa y ciudad, porque haya memoria de ellos, los estimen y den de comer, pues ganaron la tierra y es suya y mía, pues la ganamos con nuestra sangre y la dimos á nuestro rey y señor para que como padre nos la reparta con paz y quietud, y así conviene que se hagan memorias y matrículas de los vecinos que tiene esta ciudad, para que en los tiempos venideros se sepa quienes fueron los que trabajaron en la viña del Señor, echando el demonio de ella." Holgaronse todos de oírle y se lo agradecieron muchísimo, y entonces dijo que él quería ser vecino de tal ciudad y reino para morir él y sus descendientes en él y ser enterrado entre tan valientes soldados ensalzadores de la santa fé. Hízose la memoria de los vecinos de la ciudad de Compostela, y se asentó en el libro de Cabildo, y al gobernador se le dió otra, y

aunque eran pocos, los estimaba mucho, porque fueron tan valientes que sustentaron aquella ciudad contra tantos enemigos como la combatieron, y la defendieron de ellos. Hecho esto, envió á la villa de Culiacán para que le enviasen memoria de la gente que había, y se la enviaron; y habiendo visto todas las memorias, dió gracias á Nuestro Señor por haber sido servido que tan poca gente se hubiese defendido de tantos enemigos, y luego procuró despedirse del oficio, por cuanto ya Francisco Vázquez Coronado se había salido de Tzibola y lo esperaban por horas.

CAPITULO CXLVI.

En que se trata de cómo Francisco Vázquez Coronado se volvió del viaje de Tzibola y se quedaron en la provincia de Tigüex, los más de los religiosos que fueron en su ejército, y de cómo llegó á Compostela.

Año de
1542.

Como vieron los capitanes y soldados del ejército el deseo que tenía el general de volverse y dejar aquella conquista, y deseándolo ellos también, alzaron de una vez el campo y no pararon, sino que por las mismas partes y pasos por donde habían ido, por allí se volvieron, habiendo gastado en esta jornada poco más ó menos de tres años, que fué desde el año de 40, hasta más de la mitad del de 42; y habiendo ido en el ejército algunos religiosos, como queda dicho, y que con el P. Fr. Marcos de Niza se volvieron otros, quedaron cuatro, que fueron el P. Fr. Juan de Padilla y otro que se llamaba Fr. Juan de la Cruz, y otro que se volvió con el ejército de la Nueva España, sacerdote y otro religioso lego llamado Fr. Daniel, italiano de nación, hombre muy penitente, el cual murió en el convento de N. P. San Francisco de Guadalajara y era hijo de la santa provincia

de Santiago, el cual se volvió también con el campo. Quedó también el P. Fr. Luis de Ubeda y otros dos indios donados, el uno llamado Lucas y el otro Sebastián, y por su cabeza y prelado el P. Fr. Juan de Padilla, el cual viendo que la gente se determinaba á desamparar la tierra y dejarlos, dijo: "Nunca Dios permita que yo la desampare," porque estando en Quibira cuando se colocó una cruz y la alzaron, prometió en su pecho de la sustentar en aquel puesto cuanto en él fuese posible, y que pues sólo arriesgaba su vida para hacerlo, en ninguna manera dejaría de volver á cumplir lo que tenía prometido. Procuró el general estorbárselo cuanto fué posible diciéndole que era temeridad que se volviese, que, andando el tiempo, pues era causa de Dios, proveería el más conveniente remedio; pero por muchas razones que le fueron dichas, nunca le pudieron mudar de su determinación, y diciéndoles á sus compañeros se fuesen, ninguno de su voluntad lo quiso hacer, y los dos que se volvieron con el ejército fué á persuaciones suyas. El P. Fr. Luis de Ubeda dijo que él era viejo y que desde que entró en la orden no había subido á caballo y no había de subir el tiempo que le quedaba de vida, y que les rogaba por amor de Dios le dejasen en aquel pueblo de Acuique, por donde el P. Fr. Juan había de ir á su jornada, que, por ventura, sería de algún efecto, y que si no ofrecía á Dios su vida para que hiciese de ella como más fuese servido.

El P. Fr. Juan de Padilla había persuadido á un Andrés del Campo, portugués, se fuese con él, el cual lo hizo con licencia que se le dió para ello, y los dos indios donados fueron también, y otros indizuelos sacristanes, y un muchacho mestizo; y así partieron con cargas de bastimentos y ropa para la gente, y todo el ornato necesario para la iglesia, y fueron con ellos hasta veinte de á caballo hasta dejar á Fr. Luis de Ubeda en el pueblo, rogando á los indios le recibiesen y diesen de comer y no le hiciesen mal alguno, porque él á ellos no les haría sino mucho bien, rogando á Dios por ellos. Los indios dijeron lo harían así y le dieron aposentillo bajo donde el santo varón, podemos decir, se emparedó, y Fr. Juan de Padilla prosiguió

su jornada con todos los que con él iban, y llegó á Quibira, á donde andando por los pueblos de aquel contorno procurando poner por obra su intento, sucedió lo que se dirá adelante.

Antes que el campo partiese de Tiguex, el general envió á ver y visitar al P. Fr. Luis de Ubeda, y unas cabras y ovejas que habían llevado con los carneros, y algunos rescates para los indios, porque le tratasen bien, y antes de llegar al pueblo, encontraron con el buen religioso que debía de salir con deseo de ver alguno de los suyos, y habiéndose visto, se regocijaron todos y le rogaron se fuese con ellos al ejército; pero él no quiso, sino que se volvió al pueblo, y los españoles le dejaron en aquel aposentillo bajo que queda dicho, donde por la mañana le daban un poco de atole y unas tortillas los indios, sin decir ni hablar cosa ninguna, y pasando por allí unos viejos que le mostraban tan mal rostro, que él viéndolos decía: "¡Dios os convierta." Fuéronse los soldados y el general y él se quedó en aquella soledad, y no se supo lo que sucedió.

Estando el gobernador Cristóbal de Oñate en Compostela aguardando por horas la vuelta de Francisco Vásquez Coronado, le llegaron nuevas, en la mayor fuerza de las aguas, de como estaba en el río grande de Tzentipac, y cuando quiso salir á recibirle, entró en la ciudad de Compostela con casi todo el campo desbaratado con el tiempo, porque algunos de los soldados se quedaron en Culiacán, y otros, adelantando, se fueron á México ya despechados de la entrada que habían hecho y de la salida; y estando ya en Compostela Coronado, refirió las miserias y pobreza que había en la tierra de adonde venía, y el gobernador Oñate le contó á él los trabajos, guerras, asolamientos y todo lo sucedido en la Galicia, y pues que ya había venido y tenía cédula de S. M. para gobernar, se estuviese allí y gobernase el reino. A esto respondió el Coronado que no tratase de ello, que pues era por poco tiempo, gobernase como hasta allí lo había hecho, porque él iba á México á curarse de aquella caída que dió en Quibira, y que quien había pasado lo más, pasase lo menos, y así se fué á México á curar y quedó el gobernador Oñate con el gobierno.

CAPITULO CXLVII.

En que se trata de la vida y muerte del P. Fr. Juan de Padilla.

Año de
1542.

No se ha descubierto tierra ni provincia en la Nueva España donde no hallan sido los primeros predicadores y maestros de la fé los religiosos de N. P. San Francisco, y el derramamiento de su sangre y glorioso martirio que padecieron por amor de Dios nuestro Señor, la primera piedra del edificio de esta iglesia, los cuales pasaron á tierras incógnitas, ocultas y remotas con santo celo á servirle en la conversión de los infieles, y uno digno de eterno nombre y perpétua memoria en todo género de virtud, fué el esclarecido mártir Fr. Juan de Padilla, hijo de la santa provincia de la Andalucía. Pasó á la Nueva España con intención de catequizar y convirtió muchísimos infieles á nuestra santa fé, y fué el primer guardián de Tulantzingo, en la provincia del Santo Evangelio, y de allí vino á la provincia de Xalisco en compañía del santo Fr. Martín de Jesús, primer apóstol de aquel reino y del de Mechoacán, y predicó y convirtió muchas gentes en lo de Tzacatula, Motines y Alima, y en la gran provincia de Totlatán, y llegó á Tzapotlán el año de 1532, y redujo á población muchos indios convirtiéndolos á la fé de Nuestro Señor Jesucristo, y los de la provincia de Tlamatzolan, Tuchpan, Tzapotitlán, Coliman, Xicotlán, Caulán y los de la provincia de Avalos, discurriendo por diversos pueblos y provincias, anhelando por ganar almas para Dios, levantando iglesias y derribando ídolos, y fué en la jornada que hizo el capitán D. Beltrán Nuño de Guzmán á toda la Tierra Caliente, y de vuelta fué á la provincia de Tzapotlán, donde, siendo guardián, no se quietando su espíritu con el ardentísimo deseo que tenía de la salvación de las almas, alcanzó licencia y ben-